

El pequeño Portugal de los grandes descubrimientos

III parte

✍ HERNANDO GAITAN LINARES

Al hablar de Portugal no se puede menos de experimentar admiración y asombro, al observar el sitio tan estrecho que ocupa sobre el mapa de Europa. Este pueblo de vocación marítima por su peculiar situación geográfica, es retenido al este por su frontera continental con España. Está enfrentado en toda su longitud con un mar en un tiempo desconocido, cargado de leyendas; descendiente de pueblos belicosos y errabundos (alanos); de reconocido temperamento guerrero, ambicioso y comerciante tradicional. Dentro de estas circunstancias, estaba destinado inevitablemente a buscar sobre las aguas una respuesta a sus anhelos de expansión. Para él era como

De la Grecia de los dioses, los héroes, la mitología, la filosofía, las ciencias y el arte nos remontamos en esta edición al pequeño Portugal con una gran vocación marítima, gracias a su posición geográfica, logró su desarrollo económico por el auge del oro y a la vez su afán de expansionismo...

un imperativo mandato, buscar rutas comerciales para alejarse de sus rivales del Mediterráneo. Lo mismo que a los griegos y fenicios el mar los atraía y los incitaba a buscar la aventura y el prodigioso encanto de las cosas nuevas y extrañas. Para calmar sus ansias errabundas requería disponer de un poderío marítimo, que alcanzara ese rango, esa "thalasocracia" que confiere la facultad de sentirse fuerte y ejercer el dominio de los mares para hacerse al comercio de su tiempo, de su momento histórico.

Sobre este recorrido el insigne Camoens refiere con su clásico estilo de epopeya, los acontecimientos anteriores desde la desembocadura

del Tajo, el itinerario a lo largo de las Canarias, Cabo Verde, Sierra Leona y el Congo por la extrema punta del Africa y luego siguiendo la costa oriental de este continente, aventuras que el propio Vasco de Gama referirá al rey de Melinde, quien le dispensó gran acogida para luego, con base de engaños, tratar de tenderles una emboscada que fue repelida con gran daño por los portugueses.

La gran hazaña de circumbalar el continente africano por vía marítima, se había logrado o más bien completado, "de la manera más feliz, por una ruta comercial que apenas tiene igual en la historia de la navegación y de la economía del mundo".

Fueron muchas las actividades que se realizaron entre los portugueses y los gobernantes de las diversas regiones que fueron recorridas en este viaje sin precedentes en la historia de la navegación.

Después de una permanencia de setenta y cinco días, una vez obtenidas las informaciones y hechos los contactos comerciales que entraban en sus planes, establecieron una factoría para el intercambio de mercancías europeas por especies de oriente. Enseguida la flotilla abando-

nó el puerto y emprendió el viaje de regreso. El 18 de septiembre de 1499 se hallaban de nuevo en Lisboa.

Ya para cerrar esta escueta relación de los avances de los portugueses en tantas y tan variadas regiones, parece indispensable hacer una breve referencia sobre don Fernando Pinto, el Caballero de la Aventura, quizás el más extraordinario personaje de las grandes hazañas náuticas portuguesas. Este singular personaje, llevado por su espíritu temerario y su voluntad de encontrar tierras, seres y cosas nunca antes conocidas, y dotado de condiciones que atraían, seducían y despertaban, en los demás hombres ansias de compartir empresas, recorrió todos aquellos lugares accesibles a los europeos, sobre la vasta zona costanera que apenas descubrieron o intuyeron sus heroicos predecesores. Unas veces comercia, otras combate y se abre paso a fila de espada en busca de sustento. Sus compañeros ponen en él su confianza y le siguen en pos de nuevas aventuras, porque están convencidos de que es insensible al miedo y a los peligros y porque es y será siempre el primero en lanzarse a la refriega sin reparar si los demás le siguen.

Deslumbrado por las grandes empresas acometidas por sus

compatriotas, este Fernando Pinto, que ya nada nuevo podía esperar de su viaje a las regiones ya recorridas por sus predecesores, en vez de penetrar a la China Milenaria, se juntó con una cuadrilla de piratas chinos, pues sus compañeros unos habían perecido y otros se habían establecido donde quiera que hallaron ambiente propicio, se abrió paso entre escollos y borrascas, en lucha con pacíficos mercaderes o con piratas competidores, herida tras herida, naufragio tras naufragio, hasta localizar y concretar una ruta que habría de conducirlos al Japón. Así, tras una vida novelesca, vibrante de emociones y actos casi inverosímiles, marchando en zig zag por tierra y por mar, unas veces hacia adelante y otras hacia atrás, con premura o con lentitud, o con permanencias largas en ciertos lugares, en compañía de hombres que causaban más sorpresa y simpatía que temor, pese su condición de aventureros muy poco recomendables, no perdió jamás su idea y su alta ambición de alcanzar el Imperio del Sol Naciente, para ofrecer tan preciado hallazgo de una ruta mercantil a la monarquía y al pueblo lusitanos.

Impertérrito, insensible al hambre, al calor y el frío, ansioso de gloria, sin

amor propio y sin apego a los honores y a las distinciones, es según el notable escritor Wilhem Treue, uno de los verdaderos precursores del descubrimiento de la tierra. De la propia pluma de Fernando Pinto encontramos una reseña de la culminación de su empresa, frente a la cuadrilla de piratas que le acompañaron, decidida y lealmente hasta su objetivo final: "Transcurrieron unos veintitrés días hasta que por fin divisamos tierra y nos dirigimos enseguida a un puerto o desembarcadero. Hacia el sur observamos una gran hoguera y conjeturamos que no lejos debía haber un poblado. Echamos anclas en este lugar y vimos en el acto dos pequeñas almadías o barquitos que venían hacia nosotros y nos preguntaron de dónde veníamos, a los cuales contestamos que de China con mercancías para hacer negocios, si se nos permitía. Uno de sus hombres contestó que el Nautaquin, como soberano de aquella isla de Tanixuma, no tendría inconveniente en ello si estábamos dispuestos a satisfacer los derechos usuales a los japoneses a quienes pertenece aquel país. Nos alegramos mucho de ello; levantamos anclas y recibida la contestación dimos la vuelta y nos dirigimos al puerto de la ciudad de Miyagima, saliéndonos enseguida al encuentro muchos bar-

cos o pequeñas navecillas con toda clase de comestibles frescos”.

Abreviando la relación de Pinto, cabe consignar que nunca después, en el transcurso de los siglos, ningún europeo pudo disfrutar de una acogida semejante, pues en plena libertad pasearon y lograron conocer la vida de estas gentes, acogedoras y generosamente espontáneas.

Ya para terminar conviene relieves que la marea portuguesa es incansable y sigue proyectándose sobre nuevas regiones. Se hacen fuertes en Delogoa, Sofala y Mozambique, en el Africa Oriental, en el sur de Madagascar y en la isla de Socotora a la entrada del mar Rojo; en la isla de Ormuz, entrada al golfo Pérsico. “piedra preciosa del anillo que rodea al mundo, y también en Moscate”. Desde Diu y Damao dominan el tráfico de la India Septentrional; en Goa, centro del comercio con la costa de Malabar y la India Central. Y por lo que hace a la India Meridional, desde Conador y Conchía tienen acceso a sus mercados y se instalan también en Ceilán frente al Golfo de Bengala.

Como finos sabuesos husmean ya el olor de las fragantes especias que crecen en los países y archipiélagos situados a Levante.

Llegan a Siam en la desembocadura del río Mekong, y a Sumatra y a Java. Prosiguen rumbo a Malaca y de allí pasan a las Molucas y echan el ancla en Amboima.

Con solo un millón de habitantes, el imperio creado por los portugueses sobre el agua, cubre millones de kilómetros de costas y millones de seres humanos, ajustándose a los contornos continentales que dominan sus naves.

A Lisboa afluyen las riquezas de oriente como en los sueños de las Mil y una Noches: “el polvo de oro, el duro marfil y el cacao de Guinea; el azúcar de Madera; los clavos negros de Loanda; el clavo de Zanzibar; el café de Moka; las gomas de Arabia; los diamantes, las perlas y las demás piedras preciosas de la India; los chales y las lacas de Coromandel; el té de Ceilán; los cohetes de colores de Bengala; la pimienta de Malaca; la nuez moscada de Amboima; la canela, el jenjibre y el pachulí de Macassar; la porcelana y la seda de China; y todas esas odorantes hierbas, esas drogas, esas tinturas y esos perfumes que prodigan las islas de las Aromas.

¿Y todo esto a título de qué? Pues de una ingenua Bula Pontificia y del templo acerado de un gran pueblo conquistador.

La segunda era de las colonizaciones marítimas

Con el avance incontenible del tiempo y sus progresos y adelantos consiguientes, la colonización comienza a perder un poco del espíritu bizarro que fue su característica desde el momento mismo en que los antiguos asumieron necesariamente el temperamento aventurero que guió sus primeros avances sobre el agua. Salvo las grandes potencias que se asoman a la época moderna y de las que se tratará lo más ampliamente posible dentro del método abreviado que se le ha impreso a este ensayo, los demás países o regiones de tipo colonizador van asumiendo decididamente el nuevo espíritu que predominará en sus nexos y relaciones mercantilistas. La colonización, en efecto, dispone de armas nuevas o redescubiertas y empleará una terminología que aún subsiste en la actividad económica contemporánea. Ya comienzan a no ser guerreros sino mercaderes; ya no son —con las excepciones anotadas— caballeros sino marinos. Su objetivo más que la conquista es el tráfico y más que el territorio, el beneficio. Como lo hicieron los cretenses tres mil años antes, los fenicios dos mil cuatrocientos y los griegos y los cartagineses mil novecientos, la fórmula mercantil no

es otra que la factoría. Es pues —a no dudar— el comienzo de una nueva era de las agencias marítimas y de las compañías de comercio.

Todo invita a meditar en la transformación que aportan las nuevas generaciones de los políticos y de los estadistas. En tanto que las rutas terrestres resultan inseguras y penosas, las marítimas van cobrando estabilidad y son más o menos libres, según las modalidades geográficas. Pero todavía el mar, es "thalassa" de los griegos es el Mediterráneo, es el único que cuenta para la civilización occidental. Definitivamente, el futuro está sobre las aguas. Se imponen los nuevos vocablos y se eternizarán con el tiempo, pese a las transformaciones que se suceden a su alrededor: cambio, depósito, crédito, seguro, contrato de sociedad, etc. Pero, el tiempo que vuela, aportará nuevas eras mercantilistas.

Pero, lo que más promueve asombro es la mejor técnica de la navegación. Las galeras se reservan para la marina de guerra; los barcos de comercio disponen de velas latinas (triangulares), con uno o dos mástiles. Se aprende a navegar contra el viento a la manera normanda. Hay ya tres novedades que permiten arriesgarse a perder de vista la costa;

la brújula que señala el norte; el astrolabio que indica la latitud, y el timón de bisagras fijo en el codaste, que sustituye con ventaja al remo de popa y que hace posible la construcción de naves de mayor tonelaje, capaces de afrontar la mar gruesa.

Bancos y banqueros, sociedades, contratos, seguros, libros de contabilidad, repertorios de correspondencia, etc., constituyen elementos indispensables para manipular el manejo de la moneda, ya se trate de oro, plata y demás especies de medio de transacción mercantil. En todos estos terrenos los italianos, llamados frecuentemente lombardos por los demás países, se adelantan a los otros pueblos en forma impresionante, Génova, patria de la banca de San Jorge; Venecia, cuyo barrio de Rialto es un inmenso centro de transferencia de créditos; Siena, Luca, Florencia, especialistas del préstamo de dinero, llevan sus métodos de registro, contabilización y centro de correspondencia comercial, importadores y exportadores pueden encontrar en esas ciudades tanto capitales como informaciones sobre los proveedores y los mercados de todos los países. La moneda de banca aumenta los medios de acción que dan las especies metálicas. Cada nación tiene su propia moneda.

Tales son los nuevos instrumentos, refiriéndose únicamente a los de más frecuente empleo: naves, monedas, paños... El objetivo sigue siendo el tráfico con los países orientales, a pesar del Islam. El Papa prohíbe estas relaciones con el infiel pero los italianos no le obedecen, a pesar de las excomuniones. Su Santidad termina por cerrar los ojos. El tráfico y el comercio prosiguen y las nobles y magníficas ciudades de Italia constituyen el eje principal de sus actividades. Sentadas estas apreciaciones sobre el nuevo estilo mercantilista, es el caso de proseguir el rumbo de los grandes países colonizadores y descubridores.

España la de los grandes hechos

En páginas anteriores desfilaron pueblos, ciudades y regiones de las más variadas condiciones étnicas, sociales y políticas, por mundos y lugares que les eran desconocidos, pero a donde los llevó su determinismo económico. Hoy, al referirnos a los españoles, a quienes nos ligan tantos vínculos, en una comunidad de sangre y espíritu que data ya de varios siglos, experimentamos esa perplejidad que nos invade siempre que nos ocupamos de nuestros defectos, cualidades y virtudes. Porque hispanoamericanos y españoles nos

identificamos cada día más, en nuestra posición frente a los dictados de la historia. Bajo esta convicción, guiándonos por los que nos han precedido en la difícil empresa de apreciar y juzgar del carácter, la trayectoria y los objetivos alcanzados por los españoles, trataremos de ofrecer una imagen, lo más cercana posible de lo que creemos traduzca el temperamento, el estilo y los ideales de este pueblo, único quizás, por sus actitudes y contrastes.

Pese a que todos los pueblos que habitan la tierra, revelan diferencias de unas zonas a otras de su territorio, en lo que hace a España se puede afirmar sin incurrir quizás en error, que su mundo es distinto del de los demás europeos, vario y pleno de contraste. Pero España es una y única a pesar de la diversidad y de las contradicciones, sin incurrir tampoco en equivocación. Como no estamos en condiciones de aportar suficientes luces sobre el origen de este pueblo y como nuestra única aspiración por el momento es relatar parte de sus hazañas colonizadoras, proseguiremos adelante, rozando sólo ciertos aspectos que puedan influir sobre la apreciación del espíritu emprendedor de los españoles, de su sentido de lo heroico y de su fe y convicciones en su propio destino. No entramos pues a relieves ese mundo

de la mística, siempre tan oculto a primera vista, pero que se capta fácilmente en España por la visión de ciertas manifestaciones de la piedad, del culto, de la liturgia y del arte que se desprende de sus expresiones arquitectónicas, de su poesía sagrada y de su estatuaria, de los lienzos inmortales y de las costumbres y prácticas, surgidas del volcán que arde en el alma española.

Habremos de ocuparnos, en la medida de nuestra restringida apreciación, de los tres estadios de su actuación en América, descubrimiento, conquista y colonización, comprendidos dentro de los reinados de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II. Después de su liberación del islam, España acusa inevitablemente la influencia de aquella extraña y maravillosa cultura que aportaron los árabes, y que hizo expresar con su peculiar galanura a uno de sus más notables poetas (Machado): "Yo soy el nardo del árabe español". Volviendo a nuestro propósito, habremos de reconocer que la España del cuatrocientos iniciaba apenas un movimiento de unidad para consolidar o fundir un estado integrado por regiones acostumbradas a la autonomía y al ejercicio de un poder totalmente feudal. Esta tierra ibérica en la geografía del continente que ha

forjado la cultura occidental, ha sido puente y cruce de caminos y terminal de largos viajes. Por ella transitaron las más diversas oleadas de pueblos y culturas.

España, como todos los demás pueblos que integraban el continente, recorría con sus audaces y expertos marinos el Mediterráneo en un incesante ir y venir de un intercambio de productos, para satisfacer la apremiante demanda del oro que en aquellos tiempos era la meta u objetivo de gobernantes, mercaderes, industriales y asociaciones de todo orden. Sus expertos navegantes ideaban el descubrimiento de nuevas tierras en aquel lejano oriente que suponían era más vasto de lo que hasta entonces habían descubierto árabes y portugueses. Uno de ellos, oriundo de "Génova la Superba", Cristóforo Colombus, escuchaba las consejas y fantasías que se propalaban en las tabernas de los puertos. Esa había sido siempre en su imaginación de infancia y adolescencia una inquietud que parecía impulsarlo a emprender grandes aventuras como las que relataban los famosos navegantes italianos, pero que las gentes colocaban siempre en el plano de la fantasía. Pese a todo, él seguía soñando y se preparaba para una gran hazaña. Recorría las cortes y les exponía sus

planes, pero todos le tachaban de visionario. Cualquiera otro hubiera desistido de su empeño, pero sus estudios aguzaban más su imaginación y su insaciable sed de confiarse a las aguas en busca de ese oriente que parecía atraerlo con una fuerza irresistible. Su fantasía fue acumulando uno a uno datos, algunos falsos, como se lo revelarían las futuras experiencias. Pero en su trajinar con las teorías de los geógrafos de la antigüedad y del renacimiento, fue concibiendo la imagen tolemaica de redondez de la tierra. Sus últimas dudas fueron esfumándose cuando llegó a sus manos el "Imago Mundo", impreso en Lovaina en 1483, donde aparecía expuesta esta tesis por el prelado francés Pierre D'ally. Su interior rebozó de satisfacción a medida que sus conocimientos se fueron ensanchando y enriqueciendo con sus largas experiencias en Portugal y España. Allí, la ciencia náutica y las empresas coloniales de Africa y las Canarias, habían logrado desarrollar nociones y principios de explotación de tierras y formación de pilotos y tripulantes.

Y no obstante su ostensible devoción religiosa, notoriamente reflejada en todos sus actos, en el áspero camino de persuadir a una corte fanática y llena de prejuicios, constituiría incentivo primordial para sus ambiciones

doradas, la búsqueda de una nueva ruta. Pero rechazando la dolorosa evocación de sus años sin rumbo cuando su innegable paciencia y tolerancia estuvieron a punto de naufragar en el turbión de las intrigas palaciegas, volvió a engolfarse en los antecedentes de la empresa colonizadora. En ella tuvieron que ver Luis de Santángel, escribano de ración de la reina; Gabriel Sánchez, Alonso de Caballería y Juan Cabrera. Todos ellos eran hebreos bautizados, pero buenos cristianos. En su mente daban gracias incansablemente a Santángel, que apoyó sus teorías, alentó sus aspiraciones para realizar finalmente, en un rasgo de desprendimiento, la oferta de sufragar de su propio bolsillo los gastos de la flota descubridora y sus bastimentos. El valor de la empresa cuantificada por aquel le hizo experimentar otra vez la angustia, pues la mente calculadora y fría del converso la hacía ascender a dos millones de maravedíes, es decir, sesenta mil pesetas de entonces. Pese a que su benefactor ofreció en cifras redondas contribuir con diecisiete mil florines, el futuro descubridor no disponía de recurso alguno para satisfacer su participación. Pero tanto él como Santángel eran hábiles negociadores, lo que les permitió interesar a los reyes católicos al calcular su contribución los dos proponentes, la estimaron en

doscientos cincuenta mil pesetas cada uno. Desde luego como él nada tenía, a la postre su cuota sería cubierta por sus buenos amigos Santángel, de Caballería y Cabrera, que como agudos calculadores presentían que la empresa dejaría pingües utilidades. El entusiasmo del que pasaría a llamarse en lenguaje español, Cristóbal Colón, le hizo proponer que el remanente de la conquista de las futuras tierras, debería emplearse en la reconquista del Santo Sepulcro.

En el acuerdo a que se llegó, Colón habría de recibir el 10% libre de impuestos, de todos los tesoros que llegasen a España de "allí", el grado de Almirante y el de Virrey Gobernador de los territorios e islas que descubriera.

Y fue en Palos de Moguer o Palos de la Frontera, en la desembocadura del río Tinto, donde se realizaron después de cuidadoso estudio, con la colaboración de Américo Vesputio y otros entendidos, los preparativos para la gran travesía. Se eligió este puerto porque de la comarca habían salido casi todos los capitanes y tripulantes que condujeron empresas españolas al Africa, y porque además unía a sus conocimientos náuticos, las experiencias de largas travesías oceánicas. Además, porque esta pequeña

ciudad disponía de una flota de carabelas de alto bordo. La Corona, para cristalizar también su aporte a la empresa, afectó a Juan Niño de Moguer y a Cristóbal Quintero, propietarios de la Niña y la Pinta, respectivamente. Ambas tenían un desplazamiento aproximado de sesenta toneladas, calculado posiblemente por los toneles de vino que podían tomar a bordo. Medirían apenas veinte metros de eslora por siete de manga. Para completar la expedición se fletó la Santa María que sería el buque insignia, con una capacidad de ochenta toneladas, "panzudo y anchuroso", pero más lento que sus dos compañeras, de líneas afiliadas.

Al caer la tarde del dos de agosto se produjo el embarque de la tripulación. Hasta la media noche Colón recibió en su nave, junto con los marineros y hombres de tierra, amigos personales y criados del rey que deseaban acompañarlo por curiosidad como si se tratara de un crucero de placer. Precisamente aquella noche vencía el plazo para que judíos herejes procedieran a su conversión. Los que no la acataran debían abandonar el suelo español, no obstante que sabios y personalidades hebreas habían preparado para Iberia astrónomos, cosmógrafos y nautas. Al levar anclas, su experiencia y previsión habían

almacenado provisiones para un año, contados por día hombre, medio cuartillo de vino, quinientos gramos de bizcocho, trescientos de carne de pescado, cebollas, legumbre, queso, miel y otros productos de esa región. Se sentía seguro y confiado cuando los barcos se internaron el día tres en el ancho mar.

Para no repetir innecesariamente todas las peripecias que hubo de sortear la expedición en su larga travesía, ya demasiado trajinadas en las muy numerosas obras que se han publicado sobre el descubrimiento, omitimos la tediosa relación de las mismas.

Pero en Cristóbal Colón se había operado después del descubrimiento y arribo a las Indias y de su intenso deambular de isla en isla en busca de lo que tanto había prometido, un interrogante que no acertaba a descifrar, que lo hacía experimentar la angustiosa sensación de que un gusano le roía la conciencia ¿sería el verdadero Catay a donde condujo la expedición? ¿No era un tanto extraña esa búsqueda siempre infructuosa del Gran Khan? Pero lo que más sumía su alma en perplejidades no era otra cosa que las simples muestras de oro -muestras nada más- de las fabulosas cantidades que había prometido a los

reyes, y que él compartía en su creencia de que había llegado a la India. Sin embargo, pese a tan pobres resultados insistía con el mismo tesón que al principio en la necesidad de seguir buscando a Catay ¿Acaso, se argumentaba a sí mismo, su retorno del primer viaje no había sido triunfal y los reyes no le habían renovado su confianza? Su alma delicada le repetía incesantemente: "Navigare necesse est; vivere non est necesse".

"Este hombre serio, de cabeza cana y cara encarnada, de porte majestuoso e imponente, pasó muchos días a solas con los reyes. Ellos le honraron y distinguieron como jamás un sencillo marino había sido honrado". De buena gana le otorgaron su autorización para un nuevo viaje. Este segundo lo preparó Juan de Fonseca, sobrino del Arzobispo de Sevilla, mientras el Papa Alejandro Sexto entraba a dirimir las pretensiones de españoles y portugueses sobre la propiedad de los territorios, no pertenecientes aún a ningún monarca cristiano.

El 25 de septiembre de 1493 estaban terminados los preparativos. "Diecisiete barcos brillantemente empavezados con mil doscientos españoles a bordo" que conducirían las primeras reses bovinas, ovejas,

cerdos, caballos, semillas de cereales europeas y caña de azúcar.

Pero Colón era incansable. Dos viajes más siguieron a éste. Las expediciones cuestan mucho y los resultados se tradujeron apenas en esclavos famélicos y al gálico en vez de las especias. Con todo, su aporte en nuevas tierras había sido inmenso. Descubrió San Salvador, Concepción, Exuma Grande, Isla Larga, islas Mucaras, Cuba, Santo Domingo, las islas Dominica, Marigalante, Guadalupe, Monserrat, Santa María, San Martín, Santa Cruz, Puerto Rico, Jamaica, Trinidad, el golfo de Paria, la costa de Cumaná, las islas de Tobago, Granada, Margarita, Cubagua, las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, las costas de Honduras, Mosquitos, Nicaragua, Veragua, Costa Rica, Porto Bello, Panamá, islas Mulatas y el golfo del Darién.

Había dialogado con los hombres de tez cobriza, que andaban desnudos. Apreció que en ciertos lugares los nativos eran tan blancos como los españoles, o de tez más blanca que los guanches de las Canarias. Al describir su estado paradisíaco, no contaminado aún por la cultura occidental, se convirtió en el precursor de "la Leyenda del Buen Salvaje", que habrían de alimentar intelectuales de

la talla de Rousseau. Pero he aquí que la obsesión del oro vuelve nuevamente a conturbarlo: "Yo estaba atento y trataba de saber si había oro y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado de un agujero que tienen en la nariz...".

Pero el precioso metal fue siempre muy esquivo. Sus mensajeros que recorrían incansablemente todos los lugares a donde llegaba la expedición, regresaban a sus reales con la desagradable noticia de que apenas afloraban muestras insignificantes y que nadie hasta entonces había oído mencionar al Gran Khan. Entonces nuevamente volvió a sentir que la duda le roía la conciencia. A partir de este momento, su idea, ya que él era hombre de una sola idea y de un solo hecho, se fue haciendo cada vez más fantástica en su imaginación. Temeroso de perder la esperanza que constituía su fortaleza y su arma más concluyente para combatir la incredulidad que le circundaba por todas partes, había reunido a su gente, y so pena de cien azotes, les había hecho jurar que Cuba no era una isla, sino tierra China. Sus hombres firmaron lo que para ellos era intrascendente, pero Juan de la Cosa, no parando mientes en el juramento, la dibujó como isla en su mapa, algún tiempo después.

Cuando sus ojos se posaron en una especie de cama que los naturales llamaban hamaca, y sobre la cual descansaban suspendiéndola de los postes de sus casas, se le vino a la mente que los barcos la podían emplear para los marineros, haciendo así menos tediosas las horas de descanso en las largas rutas oceánicas. Su ansiosa mirada descubrió también que los naturales solían llevar en las manos tizones y ciertas "yerbas", para tomar sus sahumeros, que mantenían en hojas secas, a manera de mosquito, que ellos denominaban tabaco. Y cuando oyó pronunciar la palabra "Caniba" que los naturales empleaban para designar a los habitantes de Haití, la cual mencionaban con "admiración y marcado terror", interpretó que aquel debía ser el apelativo de los súbditos del Gran Khan. De esta palabra salió más tarde el vocablo "caníbal" que acompañaría siempre a los pueblos caribes. Y con verdadera decepción observó y comprobó que los sucedáneos de la pimienta, la canela y la nuez moscada, serían de muy poco valor comercial en los mercados y puertos europeos.

Los habitantes de una isla que bautizaría con el nombre de San Salvador, tocaban los vestidos de los españoles con respeto y curiosidad, creyéndose tal vez que eran un plumaje

natural y exitó particularmente su admiración el traje escarlata del Almirante. Era evidente que consideraban a Colón como un papagayo de la especie superior. Llenos de respeto por los recién llegados les brindaron agua, frutas y cazabe especie de pan fabricado con una raíz llamada "yuca".

Cuando en su incansable peregrinar en pos del oro fondeó en la costa de Veragua, cerca del río Belén, allí el metal fue tan abundante a primera vista, que un hombre solo podía recoger una medida en diez días.

Pero estaba escrito que otros serían los beneficiarios de su descubrimiento y que el oro, las especias y las piedras preciosas con que tanto soñó, se las arrebataría el travieso e inconstante destino. Su primera mala jugada ocurrió después de haber navegado ocho días consecutivos por el mar de los Sargazos, prado monstruoso, cuyas pegajosas algas decíase que apresaban para siempre a las naves que se aventuraban en él. Todos los expedicionarios, él inclusive, comenzaron a dudar de alcanzar algún día las Indias Orientales. Fue entonces cuando Pinzón, el segundo en la carabela Almirante, le persuadió que variara el rumbo del derrotero hacia el

sur. Este viraje infortunado hacia el oeste sudoeste, los conduciría hacia la América Central y la del Sur, arrebatándole al gran descubridor Florida y la América del Norte, que pasarían algún día en bandeja a los afortunados anglosajones. La segunda mala partida tuvo lugar en Cuba. Su decisión de no costearla hacia el oeste, dejó para Cortes el Imperio de Moctezuma, con sus grandes ciudades, sus fabulosas riquezas, sus incontables ejércitos y su tradición de grandes culturas desaparecidas.

Hoy, más que ayer, se aprecia el valor incalculable de su descubrimiento. Portugueses e italianos, fueron después de los españoles, los primeros en enterarse de la tremenda hazaña. Los europeos del norte de los Alpes lo ignoraron todavía por algún tiempo. En carta dirigida por Pedro Martir de Angleria al Cardenal Sforza, el 10. de noviembre de 1493, aún se pensaba en islas desconocidas frente al Asia. Por su comunicación se deduce, sin embargo, que el primero en denominar la región descubierta como un nuevo mundo, al referirse a Colón como el "Reporter Ille Novi Orbis". Pero quien años más tarde tuvo el mérito indiscutible de afirmar que la región descubierta no era el Asia, sino un Nuevo Mundo, fue otro ilustre personaje italiano, Américo Vespucio,

quien en carta dirigida a Lorenzo de Medicis, expresó claramente: "Con perfecto derecho puede darse a estas tierras el nombre de Nuevo Mundo". Su lúcida apreciación puso punto final a las dudas y en una cosmografía editada en Saint Die, se acuñó el vocablo. "Amerige o América", causante de la mayor disputa y de la más sorprendente escena de una comedia de confusiones, mantenida por varios siglos entre geógrafos e historiadores sobre la paternidad del descubrimiento del nuevo continente.

El impacto emocional en las cortes de Europa atestigua por sí mismo la importancia del descubrimiento. Un siglo después que el Almirante pisó tierra en San Salvador, el mundo experimentó una general transformación en todos los órdenes que conmovió el equilibrio político y económico, la condición social, las costumbres y las creencias. Se desplomaron imperios y antiguos dioses.

Unas lenguas reemplazaron a otras y unos estilos se trocaron por otros. Hubo un intercambio de productos y tesoros materiales. Se promovió una mestización cuyo proceso de decantación se prolongará aún por varios siglos. Las enfermedades viajaron en las

embarcaciones y el azote de la peste diezmó regiones enteras de Europa y en el mundo americano. A las mesas de los burgueses y nobles afluyeron los productos del trópico: el chocolate, la patata, la piña, la vainilla, el café, el azúcar, la caña, el tabaco y el pavo americano. Aparecieron también las maderas tintóreas, el famoso palo guayaco y algo más que habría de causar una revolución: los metales preciosos.

Nadie se hubiera atrevido a vaticinar entonces, que el destino de las opulentas y soberbias ciudades de Italia se habían consumado con el descubrimiento de un Nuevo Mundo. Para ellas, a partir de entonces, de aquel crucial momento de la historia de la humanidad, el tiempo habría de detenerse, pero avanzaría raudo en otros lugares cuya estrella asomó y se brillantó gracias a las malas artes de aquel iluminado, al decir de muchos "judío, moro y medio brujo".

Por causa suya, en efecto, en la opulenta Italia se verían los muelles desiertos y los almacenes vacíos. Y con el correr de unas pocas generaciones, el comercio y el tráfico se alejarían del Mediterráneo y de las ciudades alemanas, para asentarse en España y Portugal. A la vocinglería de las ansiosas multitudes sucederían muy pronto el silencio y el olvido. Y quién habría de pensar que a partir

de este momento se eternizarían las viejas casas, los palacios, las iglesias, las catedrales y las ruinosas fortificaciones. Ya nadie los reconstruiría. Ya nadie innovaría aquellos museos habitados, por cuyas calles habrían de transitar los turistas del mañana. Aquellas calles donde se agitaron, lucharon y murieron las gentes del Medioevo, y del Renacimiento: Venecia, Florencia, Rávena, Pavía, Brujas, Rotemburgo, Augsburgo, Nordlingen y otras muchas de Europa, al perder su tráfico comercial, se convertirían en ciudades muertas.

Para terminar y sin espacio para entrar a calificar, o al menos enumerar, la grandeza de la colonización y el

nacimiento de nuevos pueblos, la tragedia de los nativos americanos y de las gentes de color del Africa, la desaparición de las más grandes y nobles ciudades de Italia, que pasaron a convertirse prácticamente en museos de arte y belleza, por el descubrimiento de un mar que arrebataría al Mediterráneo su excepcional importancia, no puede pasarse por alto la gran transformación que experimentó el mundo con el nacimiento del nuevo continente, que habría de transformar, repetimos, el equilibrio político y económico, por decir lo menos, así como la cultura que se difundiría sobre casi todo el planeta.

Para prestarle un servicio personalizado estamos cerca de usted



- ✓ Pasajes nacionales e internacionales.
- ✓ Reservas computarizadas.
- ✓ Excursiones en Colombia.
- ✓ Excursiones internacionales y cruceros.
- ✓ Congresos en Colombia y en el exterior.
- ✓ Ferias y exposiciones.
- ✓ Colegios y cooperativas.
- ✓ Hoteles y automóviles.
- ✓ Turismo receptivo.
- ✓ Tarjetas de crédito.
- ✓ Viajes de incentivo.
- ✓ Reportes estadísticos a empresas.

AVIATUR

Ministerio de Defensa: Avenida Eldorado - carrera 52 Can, 1er piso
Teléfonos: 2669300 - 2222441 - Ext. 761 - Santafé de Bogotá.